

VUELTA A LA TIERRA

John Christopher

El agua siempre resultaba escasa entre un planeta y otro, inclusive en una nave como *Ironrod*. Mi primera salida en Forbeston era siempre a la piscina; me ponía el bañador y me zambullía en el agua. Después de nadar un rato, descansaba haciendo «el muerto». Por encima, más arriba de la casi invisible cúpula protectora, estaba el cielo de terciopelo rojo de Marte, abigarrado ahora que el sol estaba bajo en el horizonte con las estrellas mayores; una de ellas, tremenda, era verde.

Desde la piscina al club la rutina usual. El club de los jefes estaba en la esquina de las calles 49 y X, justamente enfrente del edificio del Ministerio de Comercio. Yo era socio desde hacía dos años, y con treinta y cuatro de edad ya no era el más joven. Un prodigio de treinta y uno había conseguido ser nombrado socio propietario dos o tres meses antes.

Cuando entré, Steve, que estaba sentado en su cubil de siempre, me reconoció, lo que era ciertamente un honor. Me entregó el correo que estaba en mi casillero: media docena de cuentas, una carta de un primo lejano y un pila de anuncios.

—¿Dónde ha estado usted, capitán Newsam? —preguntó Steve.

El llamarle a uno por su nombre formaba parte de su técnica: me había fijado en que a las personas que él realmente conocía desde hacía años las nombraba por su graduación: «Capitán»,

«Comodoro» o lo que fuese.

—He recorrido Venus y Mercurio: Clarke's Point, Karsville, Mordecai..., lo de costumbre.

—Usted no hace sino viajar —dijo—, y yo no me muevo nunca de aquí.

Ya en otra ocasión había oído quejarse de él a otros en Forbeston y en otros puntos en donde habían aterrizado. Sin embargo, parecían estar contentos.

—Lo mismo da una colocación que otra.

—Sí —confirmó—, ya me lo han dicho otras veces. Todo es cuestión de acostumbrarse, creo yo. ¿Va usted a comer?

—En seguida. ¿Quiere hacerme un favor, Steve?

—Lo que usted quiera.

—Localíceme al capitán Gains.

No vaciló mucho, pero estoy acostumbrado a observar pequeños hechos y a analizarlos. Para obtener mi diploma presenté una tesis sobre comportamiento. Vi que Steve pestañeaba, hizo un movimiento involuntario con las manos y añadió:

—Le buscaré, capitán. Últimamente no le he visto por aquí.

—¿Cuánto tiempo hará? —pregunté tranquilo.

Se puso otra vez muy suave.

—Bueno, ya sabe usted lo que pasa cuando se sirve a los oficiales; nunca se sabe si están aquí o están de viaje. Aun estando en Forbeston muchas veces no vienen al club.

—Pues usted no tiene mala memoria, Steve. Recuerde cuándo fue la última vez que le vio.

Pretendió estar calculando.

—Hará unos dos meses. ¿Cuánto tiempo ha estado usted ausente?

—Dos meses y pico.

—Sí, eso calculo yo.

—Gracias, Steve. Localícele, de todos modos. Búsquele por todas partes. Ahora voy a comer.

Encontré una mesa vacía cerca de una ventana y pedí la comida. Esta parte del club da al campo de juego de la escuela de Forbeston Junior. Mientras comía, estaba observando la generación que estará en activo cuando yo cumpla mis veinte años de espacio y esté listo para retirarme a mis plantaciones, arriba, en la montaña. No noté cuando alguien se acercó a la mesa y tecleó en el respaldo de mi silla.

—¿No te importa que te acompañe?

Era Matthews del *Firelake*. Nos habíamos encontrado varias veces en varios sitios y me era bastante simpático. Asentí y tomó asiento.

—¿Recién llegado?

—Hace tres horas.

—Yo hace ya una semana. Estamos ahora en viaje a Urano. Es un viaje obligatorio que estoy deseando acabar. Perdimos el *Steelback* en el último viaje. Era una nave espacial muy buena.

—Todos los sitios son muy parecidos —repliqué.

Era una frase convencional.

Matthews me miró.

—Me alegro de que pienses así.

—¿Por qué?

—Porque hay quien tiene ideas —dijo de una manera vaga—. ¿Pasarás cerca de la Tierra en este viaje?

—Por la Luna. Clarke's Point. ¿Por qué lo dices?

—Nosotros solíamos ir a Tycho. Allí tienen un telescopio magnífico. Yo solía irme al observatorio. Se pueden ver pequeños grupos de edificios cuando hace buen tiempo.

La conversación se estaba poniendo embarazosa. El haber mencionado la Tierra era bastante malo, pero el haber hablado del tiempo era mucho peor. Miré a Matthews. Parecía normal, pero creí observar en él que estaba siempre al acecho, a pesar de su aspecto plácido.

—Nunca le he dedicado un pensamiento —comenté.

—Algunas veces la gente es muy graciosa —prosiguió mi acompañante—. Teníamos un segundo oficial con nosotros, tres o cuatro años más moderno, que se le metió en la cabeza la idea de que en la Tierra estaban formando una flota de guerra. Todo el tiempo franco de servicio que tenía lo dedicaba a mirar la pantalla esperando ver aparecer los cruceros enemigos. Yo me reí.

—¿Qué hicieron con él?

—Le dieron la gota. Supongo que ahora ya se dará cuenta de que estaba equivocado.

—Si todavía vive.

Matthews permaneció callado un momento.

—¿Has pensado alguna vez por qué dejamos en la Tierra a los inútiles?

Le volví a mirar.

—No hay que discurrir mucho. La razón es obvia. Desde el momento que se dictó la ley contra la leucotomía prefrontal, no hay otra alternativa que suprimir a los ineptos. A menos que esté mantenido en una institución a nuestras expensas.

Tomó su café.

—He conocido a algunos que dicen que no debimos nunca abandonar la Tierra. Es más rica en productos naturales que todos los planetas juntos.

—Y poblada de cerca de un billón de salvajes. No podríamos enfrentarnos con ellos. Y no podríamos evitar que nos contaminaran si tuviéramos que vivir allí. La razón de que nuestra raza viniera a los planetas fue huir de ellos para poder desarrollar nuestra humanidad superior en paz y sin interrupción. Tenemos en marcha el proyecto Sirius. En un par de siglos puede que estemos en un sistema completamente diferente.

—O tal vez no —dijo Matthews—. Ha habido anteriormente varios proyectos, empezando por el de Próxima Centauri. Esto fue hace doscientos años.

—Me parece que eres muy pesimista.

—Será por el viaje a Urano —y se encogió de hombros—. Olvídalo; todos los sitios son iguales. ¿Qué haces esta noche?

—Nada de particular. Espero a un amigo.

—Sí. Me figuré que esperarías a alguien.

La observación me pareció un poco enigmática, y se fue sin esperar mi respuesta.

Al salir del comedor le pregunté a Steve:

—Qué, ¿ha habido suerte con el capitán Gains?

Steve dijo que no con la cabeza.

—Bueno, olvídalo; iré yo mismo a buscarle, y si no está, por lo menos habrá dejado algún recado.

Steve asintió, y cuando me fui se quedó manejando el videófono, del que estaba encargado.

La casa de Larry estaba a siete u ocho kilómetros de la ciudad. Tomé mi propio coche hasta la puerta del Oeste y allí tomé un *tracker*. El sol se había puesto cuando salí del casco de la ciudad, pero, en cambio, Phobos alumbraba tan bien que no necesité usar las luces de carretera para ver el camino. Con una velocidad de cuarenta por hora, en diez o doce minutos estuve al pie de la colina en la cual estaba la vivienda de Larry. Estuve mirándola a la luz de la luna llena, pero no había signo alguno de luz en su interior.

Apagué el *tracker* y entré. La puerta de la casa era automática; cuando se cerró tras de mí, se encendieron las luces interiores. Me encontré en el nido de Larry. El cuarto de estar me pareció confortable; pero había tal cantidad de polvo que demostraba que desde hacía varias semanas no había estado nadie allí. Me fui directo al videófono y apreté el botón de los mensajes. En la pantalla no salió nada. Esto no era normal, tenía que haber alguna nota. Empecé a buscar por toda la casa alguna pista, pero no encontré nada.

Larry Gains y yo fuimos juntos al colegio en Tycho y juntos nos graduamos. Hicimos nuestros primeros cuatro años en el espacio en la misma nave —el *Greyland*, en el Circuito de los Asteroides— y, por fin, llegó la inevitable separación cuando me destinaron al *Ironrod*. Después todavía nos veíamos bastante, todo lo que permitían nuestros viajes. Por fortuna, las dos naves tenían su base en Forbeston. Seis meses antes el viejo *Greyland* había hecho su último viaje alrededor del mundo. Un bloque de roca que pesaba veinte toneladas o más cayó sobre él, abriéndolo por la mitad. Larry había sido uno de los supervivientes, pero con heridas suficientes para no poder embarcar por lo menos durante un año. Fue entonces cuando se hizo construir aquella casa. Era una base muy apropiada para reunir tripulantes de cohetes. Yo había estado allí con él un par de veces. Ahora el lugar estaba desierto. Tal vez hubiera vuelto otra vez al espacio en un viaje especial. Un viaje muy extenso sobre la meseta del Kayser. Si fuese así, debía haber habido algún mensaje; a menos que él pensara estar muy poco tiempo ausente. Esta parecía la única solución posible. Pero estaba aquel polvo atrasado y había, además, la extraña mirada de Steve al oír su nombre. Aun pensando que era inútil, me puse a buscar por la cabaña. Encontré una cinta magnetofónica de la edición de Forbeston de la Cápsula Tycho. La puse en la pantalla 24-7. Era de hacía dos meses.

No se oía ningún ruido del exterior. Oí abrirse la puerta y me volví esperando ver a Larry, pero, en su lugar, vi a dos hombres en uniforme médico. Uno de ellos se adelantó.

—¿Capitán Newsam?

Lo dijo en tono de pregunta, pero más bien afirmando. Lo comprendí en seguida, y asentí.

—Es solamente una comprobación —explicó—, no le entretendremos mucho.

—Tengo una cita esta tarde, cuando vuelva, en el *Ironrod*.

—Está bien —añadió el médico—, no le detendremos mucho.

—No me entretendrán absolutamente nada, porque tengo que acudir a esa cita. Si tienen interés en encontrarme pueden buscarme en la Base Venus.

Quise pasar; el que me había estado hablando no hizo nada. El otro levantó su mano izquierda y la agitó suavemente. Noté polvo de Venus. Ellos, naturalmente, estaban inmunizados contra aquello. Pero yo vi el polvo dorado que venía hacia mí y no pude andar más de dos o tres pasos antes que mis músculos se aflojaran. Entonces lo vi todo negro.

Me desperté en el Centro Médico de Forbeston. Aún tenía los músculos rígidos. Estaba en una camilla, bajo el verificador. Mis dos conocidos y otro capitán médico, un hombrecito con patillas rubias y una sonrisita que dejaba ver sus dientes, estaban junto a mí.

—Siento mucho la informalidad —se disculpó el capitán—. Es solo una rutina. Queríamos tener una garantía para el caso en que usted se pusiera en contra nuestra.

Estando bajo el verificador explicaba todo; pero no explicaba por qué. Yo pensé decir algo, pero decidí que era mejor callarse. Los electrodos estaban colocados muy cerca de mis oídos. El globo verificador lanzaba normalmente su luz roja.

—Mi nombre es Pinski —continuó el capitán—. Ahora, capitán Newsam, ¿es usted el navegante-jefe del *Ironrod* en la ruta Venus-Mercurio?

—Sí.

—¿Aterrizó hace cinco horas?

—Sí, he estado fuera media hora.

Continuaron las preguntas, la mayor parte de ellas solo rutinarias. Pinski no apartaba la vista del globo verificador. Después empezó a investigar.

—¿Ha estado alguna vez en planetas lejanos?

—Más allá de los Asteroides, nunca.

—¿Conoce usted al comándame Leopold?

—No.

—¿Al comandante Stark?

—No.

—¿Qué ideas tiene sobre la leucotomía?

—Nunca pensé en ello. Ahora no interesa. ¿No es así? Al que la padece se le devuelve a la Tierra.

—¿Y del proyecto Sirius?

—No me interesa demasiado.

—¿No sueña usted con anchos canales de agua?

—No, desde que era chico.

No tenía razón alguna para temer nada del verificador, por tanto, no me puse nervioso; el globo continuó rojo, mientras me seguían preguntando.

—¿Qué hacía usted allí, donde le encontraron los médicos?

—Estoy convencido de que sabe usted muy bien por qué

estaba allí —contesté—. Fui a buscar al capitán Gains. Tal vez pueda usted decirme dónde le podría encontrar.

Pinski sonrió.

—No soy yo quien está bajo el verificador, capitán Newsam —y dio un paso atrás—. Creo que está todo bien. Siento haberle molestado. En dos o tres minutos quedará usted libre para poderse ir. Espere en el bar que hay en ese corredor, tercera puerta a la derecha. Ahora iré yo. Las consumiciones por cuenta del Centro Médico.

Le encontré sentado en una mesa con dos vasos frente a él. Alguien le debía de haber dicho que yo no bebo más que ginebra. Me senté en la silla vacía.

—Me alegro mucho de conocerle de una manera más formal, capitán Newsam —dijo Pinski—. Tome un trago.

—Y ahora, dígame por qué todo esto —inquirí.

Levantó una mano.

—Para que las cosas anden derechas no puedo darle ninguna información de por qué ha sido traído aquí e interrogado.

—Conforme —dije—. Dígame, entonces, si sabe dónde puedo encontrar a Gains.

Vaciló un poco.

—Me veo obligado a contestarle que no.

Acabé mi bebida.

—Muchas gracias por su hospitalidad y por todo. Buenas noches, capitán Pinski.

—Un consejo médico —terminó—. Váyase a la cama y duerma bien.

Cuando ya iba cerca de la puerta me volví y le dije:

—¡Gracias!

Forbeston, como todas las bases, tiene sus zonas poco respetables. Yo volé hacia el lado este y aparqué el coche en la esquina de las calles 90 y J.

El Persépolis es un pequeño club, al final de la calle 90. Soy conocido allí, pero cada vez que voy me gusta más pasar inadvertido. Me tomé un par de ginebras en el bar y subí a la sala de Saturno. Cynthia surgió detrás de mí.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Sí, hace mucho. Dime: ¿cuándo fue la última vez que estuvo aquí Larry?

—¿Larry? No le he visto desde la última vez que vinisteis juntos. Hará nueve o diez semanas. Pero yo he estado fuera en un viaje por el Canal Largo. Se lo preguntaré a Sue.

—Sí, haz el favor.

Sue se había ido, pero volvió a los pocos minutos y explicó:

—No. Me parece que no ha estado aquí desde entonces.

Pero no contestó con espontaneidad; pesaba las palabras. Y no parecía tener curiosidad de saberlo que hubiera sido de él.

—Creí que éramos amigos, Cynthia —dije—. Vamos a ver... Dime qué es lo que pasa.

—¿Lo que pasa? Podría decirlo después de un buen trago.

Puse un billete encima de la mesa.

—Quédate con esto por Larry, Cynthia.

Me alcanzó antes que yo llegara a la puerta.

—No sé, Jake; de verdad te digo que no lo sé. Lo único que he oído decir es que no me meta en averiguaciones.

Ahora se veía que estaba diciendo la verdad.

—Gracias de todos modos, buenas noches.

—¿Adonde vas?

—No hay más que un sitio donde pueda haber posibilidad de aclarar esto.

Estaba pensando en ella cuando salí. La Oficina Terminal siempre sabía dónde estaban todos los oficiales de las rutas del espacio. Si Larry no hubiera dado el parte de su revisión médica quincenal, seguramente habrían hecho averiguaciones para saber qué era lo que le pasaba. Si hubiera cualquier otra cosa anormal, también lo sabrían. Salté a mi coche sin pensar, y la abandoné. Detrás de mí oí una voz familiar que me decía:

—Parece que no has tenido suerte para encontrar a tu amigo, capitán Newsam.

Era Matthews. Estaba sentado en la parte de atrás del coche.

—Ha sido buena idea el venir a encontrarme.

—Me gustaría que me dejaras al pasar cerca de mi casa. Es en la calle Setenta y Dos.

—¿Hay por allí algo? ¿Información?

—Un trago y tal vez información.

—Bueno. Conforme. ¿Qué número?

Era un apartamento más lujoso de lo que yo hubiera pensado que podía tener Matthews. Cuatro habitaciones, todas muy bien amuebladas. Me hizo sentar en una butaca, delante de un fuego brillante, y me trajo una copa. También la tenía preparada, pero el hecho de que todos supieran el licor que prefiero dejó de preocuparme.

—Bueno —dije impaciente—; quiero saber dónde está Larry Gains.

Matthews levantó las cejas.

—Gains... ¡Ah!, ¿ese es el amigo que no encontrabas?

—¿Por qué te figuras que vine? —contesté, un poco preocupado.

—Pensé que venías por la bebida. No te vayas, porque si te vas a esta hora a la Oficina Terminal no encontrarás más que al guarda de noche, que te dirá que vuelvas por la mañana. Acaba tu vaso y toma otro. Tengo entendido que te llevaron a hacerte preguntas a primera hora de la tarde.

—Sí.

—¿Qué clase de preguntas te hicieron?

—Se las dije y él se quedó pensativo.

Leopold... Stark... Es interesante.

—Bueno, ¿qué significa todo esto? —pregunté.

Hizo una pausa.

—¿Te acuerdas de la conversación que tuvimos esta tarde?

—Sí... Estábamos hablando de los inútiles.

Matthews me miró fijamente.

—El Capitán Larry Gains fue declarado inútil hace meses. Le han debido de dejar en la Tierra hace cosa de una semana. ¿Es esto lo que querías saber?

—Estás equivocado —repliqué—. Larry estaba perfectamente sano cuando lo vi hace unos dos meses. Para declararle inútil tenía que haber pasado dos revistas con intervalo de tres meses.

—No —replicó Matthews suavemente—, por la clasificación Tres-K.

—¿Tres-K?

—Actividades organizadas contra el Estado.

—Eso lo creo todavía menos.

—Dime —preguntó Matthews—: ¿qué sabes tú de la Tierra?

—Solo conocimientos generales. Y cuando la tercera guerra atómica estalló en la Tierra, las colonias que había en la Luna y aquí, en Marte, se declararon neutrales, la mayor parte del material bélico de las bases terrestres desertó para irse con ellos; los que no desertaron es presumible que sucumbieran en el holocausto. Seguíamos la marcha de la guerra por las ondas espaciales hasta que la última transmisión se perdió en el aire. Era el fin de la guerra. Las colonias quedaron reducidas a su propia expansión: primero en la Luna y en Marte; después en Venus, con sus estaciones auxiliares en los Asteroides y en las

lunas de Júpiter, Saturno y Urano. No había ya manera de volver a la Tierra, envenenada por gases radiactivos, con una población salvaje, podrida por las enfermedades fruto de la radiactividad. Era lógico expansionarse hacia otros sistemas.

—Y, naturalmente —dijo Matthews—, estaba el Protocolo.

Yo supongo que llamaban Protocolo a la base de nuestra educación. Que lo viejo e inservible se debía desechar; que el hombre debía ir siempre hacia adelante para cosas grandes y nunca volverse al mundo de miseria en el que había estado confinado durante tan largo tiempo. Había otras muchas cosas, pero esto era lo principal. Los niños lo aprendieron de memoria.

—Sí, el Protocolo —dije—. El Protocolo nació de las circunstancias.

—Exacto —agregó Matthews—. Nació de las circunstancias; pero las circunstancias cambian y el Protocolo sigue siendo el mismo.

—¿Por qué había de cambiar?

—¿Tú crees que es una existencia buena para el hombre el ir cogiendo lo necesario de los alrededores y volviendo la espalda a un planeta increíblemente fructífero?

—Bueno, pero esto es una fase temporal. El proyecto de Sirius...

—...es una utopía —concluyó Matthews—. No nos informarán de él oficialmente hasta que haya otro proyecto en marcha: otra zanahoria delante del asno. Pero es un error. Dos planetas no habitables ni susceptibles de llegar a serlo.

—¿Vas a explicarme ahora qué tiene que ver todo esto con Larry Gains? —pedí despacio.

Matthews se levantó y se aproximó a la pantalla de televisión. Pulsó un pequeño mando a mano izquierda y la pantalla mostró paisajes amplios que se perdían en el infinito. Yo comprendí que esto era como un seguro de alarma, porque si alguien trataba de grabar en cinta magnetofónica lo que hablábamos, los paisajes desaparecerían. Matthews se volvió a sentar.

—Gains tenía mucho tiempo libre después de su accidente, y empezó a pensar en todo ello. Se encontró con alguno de nuestro grupo y acabó por unirse a nosotros.

—¿Vuestro grupo? ¿Unirse a vosotros? —repetí.

—Nosotros formamos un grupo cuyo objetivo es hacer desaparecer el Protocolo —aclaró Matthews—. Queremos volver a la Tierra, colonizarla de nuevo y librarla del salvajismo. Gains está con nosotros.

—Me parece que estáis chiflados —comenté—. ¿Cómo podéis pensar que sabéis más que la superioridad? Los planetas se están mejorando cada día. El nuevo núcleo que se está construyendo en el Canal Largo tiene cuarenta kilómetros cuadrados.

—Núcleos cada vez mayores —dijo Matthews—, pero siempre núcleos. Nunca hay posibilidad de vivir una vida natural en un ambiente natural.

—¿Y Larry? ¿Cómo dejásteis que le cogieran?

—Fue mala suerte.

—¿Mala suerte?

—Sí, mala suerte. Él y otro estaban hablando y les sorprendieron, grabando la conversación en magnetófono. Cogieron a los dos. Afortunadamente ninguno conocía más que a

dos más del grupo, y estos pudieron escaparse. Por Gains y Bessemer no pudimos hacer nada, porque los cogieron *in fraganti*.

—¿Estás seguro de que realmente se ha ido? ¿No lo volverán a coger?

—Nuestra información es definitiva en algunos puntos. Los dejaron en América del Norte, que es el sitio donde, por lo general, dejan a los inútiles.

Yo estaba preocupado todo el tiempo con algo que quería decir y no caía en lo que era, pero de pronto me acordé:

—Bueno, ya tengo la información que había venido a buscar. Ahora estoy empezando a pensar el por qué la tengo. Espero que pensarás que voy a ser un obstáculo para vuestra organización por haber estado Larry en ella. Sin embargo, me has informado de una porción de cosas de las que no se cuentan de un modo casual. ¿Por qué me has contado todo esto? ¿Qué escondes en tu manga?

Matthews dijo con naturalidad:

—Bueno, no te he dicho nada que la superioridad no sepa, salvo que yo estoy metido en ello, y estoy decidido a salirme. Tienes razón al pensar que te lo he contado todo por algo. Es porque Gains era un buen amigo tuyo.

—El mejor.

—Era un buen hombre. No queríamos perderle y nos gustaría que volviera.

—¿Que volviera a la Tierra?

—Tenemos un pequeño crucero a nuestra disposición; esto es confidencial, y con esto hemos quemado las naves al decírtelo y

las tuyas también, y podemos bajar a la Tierra cuando queramos y volver. Pero no es fácil y, por supuesto, que no hay que pensar en organizar grupos para ir y buscarlos, pero cuando bajen a algún otro, podemos darle instrucciones para que busque a Gains y a Bessemer y que nos esperen en un lugar determinado adonde poder bajar y subirlos a los tres otra vez aquí. Tenemos la suerte de que siempre los dejan en la misma zona, y así es posible encontrarlos.

—¿Qué sabes de las condiciones de vida en esa parte del planeta?

Matthews me miró indeciso.

—Absolutamente nada.

Yo, después de una pausa, dije:

—De acuerdo, yo voy. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Matthews sonrió:

—Ya me figuraba que en cuanto lo supieras querrías ir. Por lo demás, el ir es fácil. Tú dijiste antes que ibas a ir a la Oficina Terminal. Ve allí e insiste y verás cómo te dan información sobre Gains. Después de esto es fácil. Estarás bajo observación automática de la Oficina. Y la dosis de adrenalina que tomarás antes de ir quedará registrada. Te apuntarán como sospechoso. En tus cosas, en el club se encontrarán ciertos documentos. Desde ese momento las cosas seguirán su marcha. Esperemos que cuando te vuelvan a hacer la verificación se queden a una distancia razonable de lo que en realidad está ocurriendo, porque los verificadores de hoy día no son muy buenos.

—Gracias —dije—; parece que lo tienes todo bien estudiado. Una pequeña pregunta, solo por curiosidad, relativa a lo que dijiste antes de haber quemado vuestras naves y las mías. Si yo

no fuera voluntariamente, ¿qué pasaría...?

—Estábamos muy seguros de ti. Pero si hubiéramos estado equivocados...

Puso su dedo pulgar señalando para abajo muy delicadamente.

Fue sorprendente lo deprisa que se sucedieron los acontecimientos. Los papeles que Matthews había metido entre mis cosas debían de ser muy comprometedores. Me transfirieron a la Luna de Arquímedes para la decisión final, aunque esta ya estaba decidida de antemano. Una semana después de mi conversación con Matthews estaba en pie ante el tribunal escuchando la sentencia que me declaraba inútil y me condenaba a ser devuelto a la Tierra. Me hicieron salir. Había uno esperándome en el vestíbulo. Era Pinski.

—He sido verificado tres veces en una semana —protesté—. Pensé que sería suficiente.

Pinski sonrió.

—Esta vez es diferente. Ahora volveremos a interrogarle por medio de la hipnosis.

—No puede usted hacer eso —contesté—. El artículo setenta y cinco establece que uno no puede sufrir un interrogatorio en que su imaginación no pueda contestar de una manera consciente. El verificador es el límite.

—Usted conoce los reglamentos, ex capitán Newsam —dijo Pinski—. Desgraciadamente, ya no tienen aplicación en usted. El Estado le ha expulsado. Esto no llevará mucho tiempo.

Por el momento no podía hacer nada. Podía resistir, pero sería

contraproducente, porque esto paralizaría la acción. Me quedé quieto mientras Pinski levantaba el pequeño hipnotizador.

—Siéntese —ordenó.

Las pequeñas bolas de plata empezaron a girar; los espejos brillaban con luces extrañas. Oí la voz de Pinski, cerca primero y después cada vez más lejana.

Después de un espacio de tiempo indefinido volví a oír la voz de Pinski:

—Despierte, Newsam, despierte.

Levanté la cabeza. Tenía la mente clara. Pinski me miraba con conmiseración.

—Tuvo usted mala suerte; con seguridad que le han metido en ello.

Yo no estaba seguro de cuanto me habrían sacado, pero me figuraba que sería todo.

—No me quejo —afirmé.

—Desgraciadamente —dijo Pinski—, no hay procedimiento para rehabilitar inútiles; si lo hubiera, le habríamos salvado. De todos modos, cuando le devuelvan a la Tierra puede tener la satisfacción de que ha hecho finalmente un servicio a la superioridad. No sabíamos nada de este crucero. La nave le espera. Buena suerte, Newsam.

Nos dimos la mano. Los guardias me sacaron a través del cierre automático a la rampa principal. Dirigí una última mirada a Arquímedes, que brillaba bajo sus luces, y lo atravesé hasta la nave. Era una pequeña nave de menos de 10.000 toneladas.

Durante el despegue y las tres horas de viaje hasta la Tierra, tuve tiempo de considerar las cosas. El pequeño esquema de Matthews había sido bastante hinchado. Cuando el crucero llegó al sitio de cita que estaba combinado, había una flota de batalla esperándolo. ¡Qué locos eran, de todos modos, para desafiar a la superioridad! En cuanto a lo de reorganizar la Tierra..., tenía yo el encargo de hacerlo con la ayuda de Larry y Bessemer, si es que los encontraba.

La nave que me llevaba entró en órbita e hicieron las operaciones finales para dejarme. Había tenido razón Matthews, por lo menos al decir que no soltaban a los inútiles al azar. Todo el asunto estaba minuciosamente calculado; cuando acabaron, me pusieron el traje de paracaídas.

El capitán de la nave, un hombrecito pequeño y moroso, me dio instrucciones.

—Los cinco reactores de detrás soplarán automáticamente. Después del quinto, entrará en acción el primer paracaídas y diez segundos después el segundo —dijo sonriendo sádicamente—. Si no ha pasado nada a los quince segundos es porque algo está mal en el aparato y, en ese caso, se romperá usted al caer muchos huesos.

—Gracias —dije.

—Nunca hemos tenido quejas, hasta ahora; pero, claro, ya me figuro que es que no podían darlas. El punto adonde va a caer es el punto donde dejamos siempre a los inútiles, que por la generosidad de la superioridad es un buen sitio para cazar y si sobrevive lo suficiente, puede cultivar la tierra. Esta cerca del Océano. Lo suelen llamar New Hampshire.

—¿No me da provisiones?

—Alimento concentrado para una semana y una pistola Klaberg

con cien cápsulas. Debe usted gastarlas con prudencia.

Me sacaron fuera del cierre automático con un cronómetro. No esperé a que el chorro de aire me empujara, salté yo mismo. En ese momento el chorro me empujó también. Dando vueltas en el espacio veía la nave cada vez más pequeña, como un globo que se va deshinchando. Y me sentí dueño de mí con un instinto de venganza.

Justamente después del chorro del quinto reactor, sentí como pinchazos en la espina dorsal, acordándome de que Matthews había cometido un error con la verificación por hipnosis. ¿Qué pasaría si él y su grupo hubieran cometido otro pequeño error? ¿Qué ocurriría si el capitán no me hubiese puesto el segundo paracaídas en condiciones de abrirse a su tiempo, lo que sería una broma bastante pesada? ¿Quién podría saber si la caída acabaría en muerte y la superioridad se quedaría convencida de que esta muerte tan rápida era una merced? El primer paracaídas se abrió con una sacudida y empecé a contar. Cuando hube contado quince sin ocurrirme nada, me quedé tranquilo. Iba cayendo cada vez más deprisa a través del aire fino. La muerte estaba allí abajo.

A los veinte segundos se abrió el segundo paracaídas con un estrépito mayor que el primero. El sentido del humor del capitán había sido mayor aún de lo que yo pensaba.

A pesar de todo y con lo desentrenado que yo estaba en esta clase de cosas, me di un buen porrazo contra el suelo. Fui rodando, pegué con la cabeza contra algo y perdí el conocimiento.

Antes de volver a abrir los ojos, oí la voz de Larry. Al pronto creí que era una alucinación, pero era muy persistente.

—Vamos, Jake, que ya estás bien.

Abrí los ojos. Era Larry, y detrás de él había media docena de

personas; dos de ellas mujeres.

—Tenía que encontrarte y llevarte a un lugar en la costa adonde tenía que venir un crucero para llevarnos de aquí —expliqué—. Pero en la dirección se han enterado y se ha estropeado toda la combinación.

Larry rió.

—La combinación ya no vale, conforme; pero la superioridad no sabe nuestras cosas más que a medias.

—Te digo muy en serio que la superioridad lo sabe todo por mí, porque me lo han sacado hipnotizándome.

—Todo esto ya lo sabíamos —anunció Larry—. Matthews no podía avisarte porque el aviso podría haberles dado la clave del asunto. Tenía que inventar otra historia. Una que te convenciera a ti y al mismo tiempo que engañara a los directivos.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Nosotros no tenemos ningún crucero —dijo Larry—, no tenemos ni siquiera una barca, pero tenemos telecomunicación sin hilos. Te estábamos esperando. Siempre sabemos cuándo van a traer a algún «inútil» y le esperamos.

—Hablas en plural —hice notar—. ¿Qué quiere decir eso?

—Tenemos aquí una pequeña y simpática colonia. Somos ya cincuenta y ocho y sigue aumentando.

Me ayudaron a quitarme el traje de paracaidista. Noté una brisa en la cara y el olor, el inconfundible olor natural mezclado con una docena de diferentes esencias de flores, hierba y árboles. Larry me estaba observando.

—¿Esto es algo, verdad?

—¿Y qué hay de los salvajes?

Larry se encogió de hombros.

—Deben de estar por el Oeste. No hemos tenido tiempo de buscarlos y no se los ve por ninguna parte.

Bajo mis pies notaba tierra movediza.

—Pero ¿cómo es esto? Los directivos deben saber lo que es este planeta. ¿Por qué no se vuelven aquí en vez de andar revolviendo con innumerables proyectos interestelares que no van a ninguna parte?

—El Directorio —dijo Larry— es una organización fundada para regir una serie de ciudades artificiales que están bajo su control, un Estado desparramado en una docena de planetas y satélites, pero un verdadero Estado organizado. Si nos volviéramos todos a la Tierra, a labrar el campo, a vivir en pueblos, como hacemos ahora, el poder del Directorio desaparecería. Si necesitas alguna otra razón, es que eres ignorante de la naturaleza humana.

—¿Y no podríamos vencerlos? —pregunte—; desafiarlos en sus propias narices, trayendo a la Tierra el telescopio de Tycho e inspeccionando todo desde aquí.

—No queremos vencer a nadie; lo que nos interesa solamente es pasar inadvertidos. El pueblecito está hecho de casas pequeñas y están camufladas para nuestra seguridad. Trabajamos la tierra y nuestros agentes en los planetas recluían gente para nosotros.

—Y el pobre diablo de Matthews —exclamé súbitamente— ¡continúa en Forbeston!

—No te preocupes —dijo Larry—. Le verás pronto, está acusado y le arrestarán antes de tres meses.

Se rió, y el resto de la pequeña colonia también. Me hice cargo de que la cosa tenía gracia y me reí también sin poder evitarlo. Larry me echó un brazo por los hombros.

—Mira eso —indicó—. Pero míralo bien.

Me quedé extasiado mirando la puesta de sol.

FIN

Publicado en: La Tierra cambiada.

Editorial Sirio, Buenos Aires, 1977.

Edición digital: Sadrac.